

vía la mujer cubana para enfrentarse con los graves problemas de la vida, era natural que se advirtieran en su organización, en su actuación y en sus conclusiones muchos defectos; pero también el cordial espectador ha encontrado una gran esperanza, una gran promesa en esta labor del Congreso: más o menos acertada, nuestra mujer ha revelado una voluntad decidida de progresar y de mejorar, y eso es ya prenda segura de triunfo. Querer es poder.

Nuestras mujeres seguirán luchando con denuedo por sus ideales. Hoy su vivo anhelo es votar: ir a las urnas a elegir y a ser elegidas. El Congreso cubano le concederá el voto, tarde o temprano. El camino de la oposición—si realmente ha existido—lo ha allanado la ilustre persona que va a ocupar la Primera Magistratura de la Nación el próximo día 20 de mayo. El general Machado, al decirles a las señoras congregadas en la Academia de Ciencias, que él era sufragista convencido, desde hace muchos años, les prometía tácitamente que Cuba les daría el derecho de votar durante su período presidencial.

¡Ojalá sea así para regocijo de aquellas nuestras hermanas que con ello sueñan! Venga en buena hora el voto para la mujer, si ha de ser para bien de Cuba y de sus hijas. Pero más que el voto, quisiéramos que la mujer moderna ansiara ser fuerte para ayudar al hombre a depurarse espiritualmente. La mujer es la que puede salvar al hombre en la pavorosa revolución moral que conmueve a la sociedad contemporánea. Por eso ha dicho un gran pensador, que las riendas del mundo no están ya en las manos del hombre, sino en el corazón y en el entendimiento de la mujer.

R. A. CATALÁ

Abril, 1925.

Dar...

Para Ud.

Mi jardín viste hoy de Primavera, todas las plantas bajo el influjo del agua bienhechora se han llenado de gozo y le ofrecen sus mejores galas a la Naturaleza que fecundará sus tallos y los cubrirá de flores.

—Dar, augusta verdad! Dar aunque no se pueda, aunque no se crea que es lo mejor lo que se da.

Da el Hacedor Supremo, dan el Universo, la luz, el éter, el rayo, el abismo, la oscuridad, la montaña, la alegría, el dolor, el silencio, la ilusión!

Dan las flores al viento sus aromas; dan los pájaros sus trinos sin saber siquiera su sentido; da el agua su frescura a la tierra, su inmensidad al mar; da el sol la vida, el aire sus savias y su oxígeno.

Dan frutos los árboles, los rosales rosas, la abejas mieles.

Las almas dan amor, el corazón ternuras; las bocas, palabras dulces, dan los ojos promesas y caricias.

La materia se condensa en el instinto, el cerebro vierte ideas, el pensamiento luces. Todo se aprovecha, todo sirve, todo tiene un fin para el cual ha sido destinado; apartad las brumas y veréis la Luz.

—Dar, sublime secreto de verdad, de vida.

FLOR DE LUNA

5 de mayo, 1925.

La vida encantadora

CUÁNTA melancolía causa el leer, tan amenudo, relatos de desesperaciones hondas, poemas en los que la vida se esfuma al través de un velo de intranquilidades sutiles, dramas que no dejan vislumbrar siquiera la luz de una franca alegría, ensayos en los que sobresale la nota pesimista como demostrando, en forma evidente, que sus autores no han querido ver la vida tal como es: hecha al mismo tiempo de dolores que aniquilan y de alegrías que entusiasman, de ingratitudes que sublevan y de esperanzas que ennoblecen.

Cuánto desencanto hace presa de nuestra alma de lectores ávidos, al encontrar, a todas horas, en casi todos los libros y en casi todos los autores contemporáneos, esa visión negativa de la existencia, visión que no es filosófica a la manera dolorosa de un Leopardi, visión que no es sensitiva por cuanto no es sincera, ya que define la humana vida como algo limitado entre el ayer cercano y el mañana más cercano aún.

No es posible que el alma de la moderna literatura se haga a sí misma prisionera de una sola manera de ver las cosas del mundo y los secretos del propio yo; no es justo que las generaciones venideras, al repasar las obras que fueron el pan espiritual nuestro por cuanto fueron producto de esta época, tengan que lamentarse de un exclusivismo pesimista que realmente no está ni en nuestra vida íntima ni en el ambiente que nos rodea.

Almas complicadas somos, es cierto, pero esa misma complicación nos permite explicárnoslo todo con serenidad envidiable; no nos detenemos en experiencias personales: eso nos causaría dolorosos desencantos al querer generalizar nuestras sensaciones; no vemos, no queremos ver, ni por un momento siquiera, un fondo negro en todas las cosas que nos rodean o una intención ingrata en cada una de las acciones que presenciamos o comentamos. Está bien que en la soledad alimentemos de meditación nuestras energías operativas, pero de esas soledades no debemos traer la languidez, que muy amenudo se convierte en indolencia, ni el desprecio por los seres humanos que siempre se transforma en odio hacia lo que no forma parte de nosotros mismos.

Someterse al dominio de la tristeza, sumergirse en el nirvana envilecedor del recuerdo del pasado sin sentir aprecio por el porvenir—que es santo, como dijo con frase admirable el viejo Carducci—tal parece ser el tema primordial de nuestros poetas, de nuestros prosistas, de nuestros comediógrafos, en fin, de todos los que embellecen una parte de su propia vida emborronando cuartillas.

Hay sus excepciones, sin duda alguna; pero ellas, precisamente, vienen a confirmar la regla.

El amor, en la literatura actual, es una tragedia: ya pasaron los tiempos del idilio enternecedor y delicioso; la vida de familia pareciera, a juzgar por las obras que pretenden relatarla, trágica también y llena de inquietudes; y saturada de desesperación aparece, con la vida íntima, también la vida social.

¿Es que ya en el corazón humano no quedan fibras humanas? ¿Es que los arranques de felina